



“Consideraciones finales”

p. 537-540

Xochimiquitzli, *la muerte florida*

El sacrificio humano entre los mexicas

Patrick Johansson Keraudren

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2022

560 p.

Códices, grabados, fotografías, láminas

(Cultura Náhuatl. Monografías 38)

ISBN 978-607-30-5619-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de octubre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/781/muerte_florida.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de estas páginas, la “muerte florida” (*xochimiquiztli*) se ha manifestado esencialmente mediante derramamiento de sangre, exhibición de cráneos y esqueletos, ostentación de monstruosas fauces telúricas que engullen seres humanos, pechos abiertos, corazones humeantes, cabezas cercenadas, cuerpos desollados, pieles ensangrentadas, cuchillos de obsidiana, piedras de sacrificio y escenas de antropofagia, es decir, mediante el mórbido esplendor de su discurso ritual.

El sacrificio humano, paradójicamente, suscitaba reflexiones de índole ética. El entierro de las pieles de seres humanos desollados, por ejemplo, era la ocasión para meditar sobre “la miseria humana, la bajeza que somos, el temor, la reverencia, la caridad con los pobres y forasteros peregrinos”.¹ Con estas palabras, un informante sorprendió al dominico Durán, pues evocaban virtudes comparables, según él, a las que predicaba el Evangelio.

Enunciadas en el contexto de la fiesta Tlacaxipehualiztli, en la que se entregaban insignias a los guerreros que capturaban a las víctimas que serían desolladas, estas consideraciones moralizantes se revelan algo insólitas, al menos en la manera en que fueron expresadas. Pudo ser una artimaña del informante, que buscaba mermar la violencia y lo horripilante del ritual con un colofón que se ajustara a la ética cristiana, y evitar un regaño del fraile.

El epíteto *xochi(tl)*, que califica estas múltiples formas sacrificiales de morir, remite al erotismo, la belleza y la poesía. Una muerte florida era una muerte que florecía, con todo lo que implica el florecimiento, desde la función reproductiva que representa la polinización y la perennidad subsecuente de la planta, la sacralidad que confiere una belleza a la vez fulgente y tétrica, hasta el claroscuro poético que entraña una muerte así otorgada.

¹ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, v. I, p. 102.

Lo que podría parecer una extrema crueldad, el colmo de la brutalidad y de la barbarie, fue un acto religioso. Aunque recurría a una violencia “litúrgica” ritualmente encauzada, tenía fines humanos, si consideramos al hombre desde los estratos más profundos de su arraigo pulsional en la dimensión somática del ser. Paradójicamente, el sacrificio humano mexicana, en sus formas y modalidades, revela una elevación espiritual mística (figura 18.1), un misticismo² que se une con lo divino mediante lo esencial de la vida: el amor y la muerte.

Los juicios que se han emitido y se siguen emitiendo respecto al sacrificio humano prehispánico, por lo general de índole moral, carecen de fundamentos antropológicos y se inscriben en un marco de valores distinto del que definió los usos y costumbres indígenas antes de la conquista. Desde el siglo XVI y hasta nuestros días, el sacrificio humano desvirtuado, malinterpretado y vituperado, llegó a caracterizar a los mexicas y sirvió para menospreciar una gran cultura que llegó a vincular funcionalmente lo intelectual y lo sensible, el cielo y la tierra, las tendencias más etéreas del hombre y las remanencias más recónditas del instinto.

Esta integridad del ser indígena se sistematizó en una red simbólica que daba testimonio de cada modalidad sacrificial, revelaba paradigmas eidéticos, categorías axiológicas, y en última instancia, expresaba una filosofía de la vida en la que la muerte era un elemento esencial. Como hemos reiterado a lo largo de este libro, el indígena se consideraba un *ser para la muerte*, y esta convicción ontológica, sentida, mejor dicho presentida más que lógicamente inferida, determinaba los aspectos de su desempeño existencial.

El pueblo que destiló la poesía excelsa del *xochicuicatl* (el canto florido) también supo encauzar las pulsiones eróticas y tanáticas mediante danzas y cantos “traviosos” (*cuecuechcuicatl*) o de lamentación (*tlaoacolcuicatl*). La gente de Anáhuac que creó sublimes cantos mortuorios también supo “drenar” la pulsión de muerte fuera del cuerpo colectivo mediante ritos y duelos catárticos, e infligió una muerte violenta y espectacular (*xochimiquiztli*) a sus enemigos o sus congéneres.

² Misticismo: “estado extraordinario de perfección religiosa que consiste esencialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor”. *Diccionario de la lengua española*, 22a. ed., 2 t., Madrid, Real Academia Española, 2001.

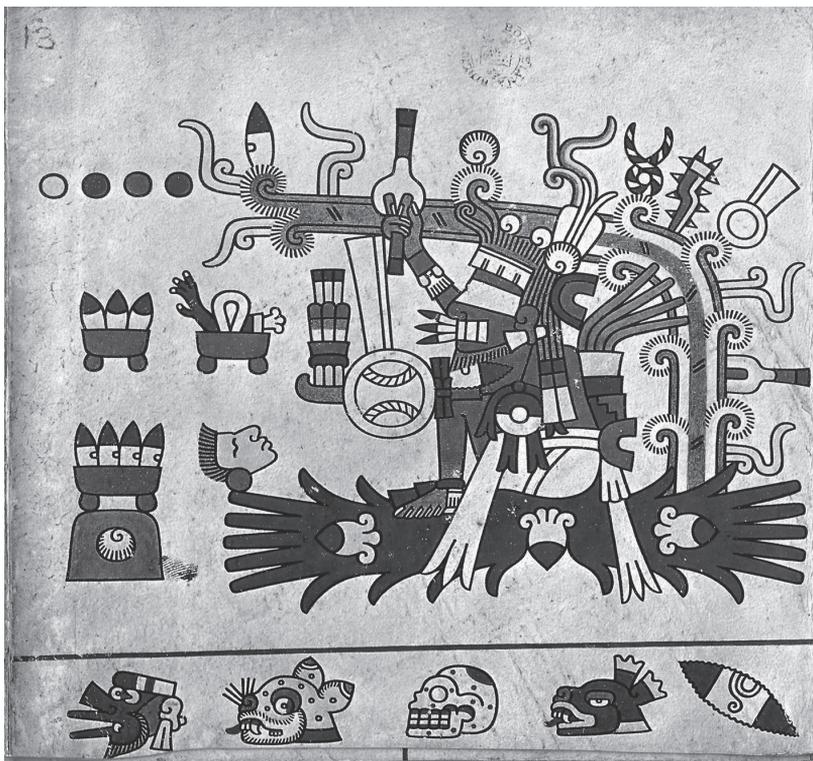


Figura 18.1. Sacrificio por decapitación en aras de Mictlantecuhtli.
Códice Borgia, lám. 52 (detalle)

Los que urdieron la palabra antigua (*huehuetlahtolli*) y la palabra-modelo (*machiotlahtolli*), máxima expresión de educación, sabiduría y ternura, también tramaron las sangrientas guerras floridas (*xochiyaoyotl*). Quienes pintaron los hermosos códices (*amoxtli*) también ungieron con sangre sacrificial el quicio de los templos y el rostro de piedra de los dioses.

Esto constituye una aporía³ trágica, sin duda, pero en este contexto axiológico y eidético debemos apreciar el sacrificio humano entre los mexicas y los ritos que lo enmarcan, manifestaciones culturales que buscaron integrar los atavismos pulsionales del hombre a los sentimientos más nobles en aras de la vida.

³ Contradicción insuperable en un razonamiento. *Le petit Larousse grand format*, 100a. ed., París, Larousse, 2005.

